

## Tragedia en el corazón de Europa

El libro de Peter Wilson es la primera historia completa de la Guerra de los Treinta Años que se alumbra desde hace más de una generación, un relato brillante y fascinante de unos años de acero que definieron el escenario europeo hasta la Revolución francesa.



14-2-2018 – La editorial Desperta Ferro Ediciones publica *La Guerra de los Treinta Años. Una tragedia europea (I) 1618-1630*, volumen I de la formidable obra de [Peter Wilson](#), trabajo de referencia sobre este devastador conflicto.

La Guerra de los Treinta Años desgarró el corazón de Europa entre 1618 y 1648: una cuarta parte de la población alemana murió entre violencias, hambrunas y pestes, regiones enteras de Europa central fueron devastadas en un incesante recorrer de ejércitos, y muchas tardaron décadas en recuperarse. Todas las grandes potencias europeas del momento se vieron arrastradas a un conflicto que desbordó las líneas marcadas por la fe, con la pugna entre los Habsburgo y los Borbones dirimiendo el comienzo del ocaso de una gran potencia, la España imperial, contestada por la pujante Francia. La gran fortaleza de *La Guerra de los Treinta Años. Una tragedia europea* es que permite aprehender los motivos que empujaron a los diferentes gobernantes a apostar el futuro de sus países con tan catastróficos resultados. Wallenstein, Fernando II, Gustavo Adolfo, Richelieu

u Olivares, personajes fascinantes, están aquí presentes, como también lo está la terrible experiencia de los soldados y civiles anónimos, que trataron desesperadamente de mantener vida y dignidad en circunstancias imposibles. *La Guerra de los Treinta Años. Una tragedia europea* se divide, dada su enjundia y su amplitud, en dos partes, la primera dedicada a las conocidas como fases bohemia y danesa del conflicto, hasta 1630; y la segunda, de próxima aparición, que arranca con la irrupción sueca y culmina con la postrera intervención francesa. En esta primera parte conocemos los antecedentes y los orígenes del conflicto, que comienza con la revuelta bohemia y el efímero Rey de Invierno, el elector palatino Federico V, vencido en la Montaña Blanca, frente a Praga, y cuyas tierras en Alemania serán conquistadas por los ejércitos de España y de la Liga Católica alemana. Vencido y exiliado el palatino, la obra de Wilson se adentra en los orígenes de la rivalidad entre Richelieu y Olivares, germen de la ulterior intervención gala, y plasma la fracasada intervención danesa en el norte del Sacro Imperio, sellada con una paz de Lübeck que deja a Fernando II como gran triunfador, para abordar por último la amenaza inminente de una guerra general en el continente, que no tardaría en hacerse realidad.

El libro estará **disponible el miércoles 28 de febrero**. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones enero-junio 2018.

### Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - [comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

### Sobre Desperta Ferro Ediciones

Desperta Ferro Ediciones es una editorial independiente fundada en 2010 por tres historiadores que decidieron hacer de su vocación, la Historia, un modo de vida y apostar por un producto cultural de calidad y en papel. Actualmente la editorial cuenta con cuatro cabeceras de revistas (*Desperta Ferro Antigua y Medieval*, *Desperta Ferro Historia Moderna*, *Desperta Ferro Contemporánea* y *Arqueología e Historia*) y desde 2015 con una línea de libros en la que han visto la luz una treintena de títulos (catálogo completo [aquí](#)). En la actualidad, Desperta Ferro Ediciones cuenta con quince profesionales en plantilla y decenas de colaboradores externos.

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



# DOSIER DE PRENSA



## SOBRE EL AUTOR



**Peter H. Wilson** es un historiador británico nacido en 1963. Su interés investigador se centra en la Historia Moderna de Alemania, especialmente la política, el ejército, la sociedad y la cultura del Sacro Imperio Romano Germánico entre 1495 y 1806. También ha dedicado parte de su carrera investigadora al amplio desarrollo de la guerra a nivel europeo y mundial desde el siglo XVII hasta 1900. Entre su formación destaca su especialización en la historia alemana y militar, que le ha permitido ocupar el puesto de profesor en numerosas universidades británicas y desarrollar labores docentes y de investigación en diversos centros universitarios de Estados Unidos y Alemania, entre los que podemos destacar sus periodos en las universidades de Sunderland, Newcastle o Münster, donde se dedicó a la enseñanza de los primeros siglos de la Edad Moderna.

En 2011 Peter H. Wilson participó en el congreso *War and Statecraft* que celebra el prestigioso National War College de Washington D.C. Más tarde, en 2015, sucedió al historiador Hew Strachan en el puesto de Chichele Professor de Historia de la Guerra en el All Souls College de la Universidad de Oxford, donde imparte desde entonces las asignaturas de “La Guerra de los Treinta Años” y “El ejército y la sociedad en Gran Bretaña y Francia entre 1650 y 1815”. También ha pertenecido, entre otros, a los consejos editoriales de las siguientes revistas: *International History Review* (2006-2010), *War & Society* y *British Journal for Military History* y es colaborador de *Desperta Ferro Historia Moderna*. Wilson también es miembro de la Royal Historical Society (FRHistS).

Peter H. Wilson es un autor de reconocimiento internacional cuyas obras han obtenido varios galardones importantes, siendo su obra más premiada *La Guerra de los Treinta Años. Una tragedia europea* al recibir reconocimientos como: el Society for Military History Distinguished Book Award 2011, Best History Book of the Year por el periódico *The Independent*; y Book of the Year por el periódico *The Atlantic*.

**Libro ganador del**

**Society for Military History Distinguished Book Award 2011**

**Best History Book of the Year por el periódico *The Independent***

**Book of the Year por el periódico *The Atlantic***

DOSIER DE PRENSA



## SE HA DICHO SOBRE EL LIBRO

«Peter Wilson es un hombre valiente por emprender un nuevo relato general de una de las guerras más duraderas, multidimensionales y controvertidas de todos los tiempos. Es un placer afirmar que, al menos en la opinión de este crítico, *La Guerra de los Treinta Años. Una tragedia europea* logra su objetivo de modo brillante. [...] Su erudición me parece excepcional; su prosa, ligera y amena; sus valoraciones, justas».

Paul Kennedy, *The Sunday Times*

«Una historia de prodigiosa erudición que consigue explicar la complejidad bizantina de la Guerra de los Treinta Años en un relato coherente, ofreciendo además una vigorosa y nueva interpretación [...] Era necesario un análisis definitivo de la Guerra de los Treinta Años, y ahora Peter Wilson lo ha proporcionado».

Jeffrey Collins, *The Wall Street Journal*

«Peor que la Peste Negra, peor que la Primera Guerra Mundial, peor que la Segunda, peor que el Holocausto... así es como la Guerra de los Treinta Años pervive en la conciencia colectiva alemana [...] Este es uno de los muchos e impresionantes datos que proporciona esta historia colosal de uno de los conflictos más largos y duraderos de la historia de Europa».

Tim Blanning, *The Telegraph*

«Hacia mucho que se esperaba una narración tan ambiciosa, bien lograda y actualizada con la investigación moderna, y *La Guerra de los Treinta Años. Una tragedia europea* lo consigue de manera admirable».

Blair Worden, *Literary Review*

«En su estudio monumental sobre las causas y consecuencias de la Guerra de los Treinta Años, Wilson cuestiona las interpretaciones tradicionales del conflicto como fundamentalmente religioso. En vez de eso, explora las dinámicas políticas, sociales, económicas, además de las religiosas, que laten detrás de la guerra [...] Wilson proporciona después una narración meticulosa de la misma, introduciendo también a sus grandes personajes [...] Los conocimientos de Wilson y su atención tanto al detalle como al cuadro global convierten a este libro en la historia definitiva de la Guerra de los Treinta Años».

*Publishers Weekly*

«Solo de manera retrospectiva este conflicto adquirió sustancia como la Guerra de los Treinta Años, y Wilson transita incisivamente a través de sus distintas fases para contar los objetivos y opciones de cada bando [...] Firmemente argumentado, con prosa cristalina, el relato de Wilson es una excelente descripción de este periodo axial de la historia europea».

Gilbert Taylor, *Booklist*

«Nos encontramos, por tanto, ante una excelente obra en la que queda claramente demostrado que el autor ha trabajado tanto las obras históricas como los archivos. [...] Por otro lado, causa admiración la cantidad de lecturas referenciadas o sugeridas en diversas lenguas de las que se hace eco. Un historiador anglosajón que no solo trabaja con obras en su propio idioma. Todo un inusual y excelente estudio».

Eduardo de Mesa, *Espacio, Tiempo y Forma*

# INDICE

Nota a esta edición  
Árbol genealógico  
Prefacio

## PARTE 1. ORÍGENES

- 1 Introducción
- 2 Problemas en el corazón de la cristiandad
- 3 La casa de Austria
- 4 La guerra turca y sus consecuencias
- 5 *La Pax Hispanica*
- 6 *Dominium Maris Baltici*
- 7 De Rodolfo a Matías (1582-1612)
- 8 ¿Al borde del abismo?

## PARTE 2. CONFLICTO

- 9 La Revuelta de Bohemia
- 10 Fernando triunfante, 1621-1624
- 11 Olivares y Richelieu
- 12 La guerra danesa contra el emperador 1625-1629
- 13 La amenaza de una guerra europea

Bibliografía  
Índice analítico

# CAPÍTULO 1

## Introducción

La Guerra de los Treinta Años se convirtió en la referencia con la que comparar todas las guerras posteriores. Los habitantes del este de Francia interpretaron todas las invasiones posteriores en relación a las narraciones sobre los suecos y croatas que devastaron la región en la década de 1630. Los soldados que lucharon en las trincheras a lo largo de la frontera oriental francesa en la Primera Guerra Mundial contaban que los horrores que estaban viviendo no se habían visto desde hacía tres siglos. En una emisión de radio del 4 de mayo de 1945, el arquitecto de Hitler y ministro de Armamento, Albert Speer, anunció que «la destrucción que se le ha causado a Alemania solo se puede comparar con la sufrida en la Guerra de los Treinta Años. No se puede permitir que la aniquilación de nuestro pueblo, debido al hambre y las privaciones, alcance las pro-

porciones de aquella época». Por esa razón, añadía Speer, el sucesor de Hitler, el almirante Dönitz, estaba decidido a continuar luchando. Las encuestas realizadas a los supervivientes en la década de 1960 demostraron que los alemanes consideraban que la Guerra de los Treinta Años era el mayor desastre de la historia de su país, por delante de ambas guerras mundiales, el Holocausto y la peste negra.<sup>5</sup>

El impacto de la televisión, sin duda, debilitó esta percepción a finales del siglo XX, sobre todo con la difusión de fotografías de las matanzas más recientes. En cualquier caso, incluso en el siglo XXI, los autores alemanes afirman que «nunca antes y tampoco después, ni siquiera durante los horrores de los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial, la tierra fue tan devastada y la gente tan torturada como entre 1618 y 1648».<sup>6</sup>



# CAPÍTULO 2

## Problemas en el corazón de la cristiandad

En el Sacro Imperio, los acontecimientos anteriores a 1618 no estuvieron exentos de drama, pero se centraron más en los salones de la corte que en los campos de batalla. Los centroeuropeos en el siglo XVI se enredaron en prolongadas e interminables disputas legales que las generaciones posteriores consideraron tediosas e irrelevantes, reduciendo así las décadas previas a la Guerra de los Treinta Años a un relato sucinto de polarización política y confesional que conduciría de forma inevitable hacia la guerra. Esto es comprensible, ya que el Imperio puede ser una entidad muy difícil de explicar.

El infatigable Johann Jakob Moser, que encontró tiempo, al margen de su carrera legal, para componer seiscientos himnos protestantes y engendrar ocho hijos, renunció a intentar describir la Constitución imperial tras publicar más de un centenar de volúmenes a finales del siglo XVIII. El único modo de afrontar el problema, como T. C. W. Blanning ha señalado con acierto, es amar la anomalía, ya que

el Imperio no seguía ningún patrón reconocible.<sup>1</sup> Esta es la idea que subyace tras la famosa definición del Imperio como una «monstruosidad», realizada en el siglo XVII por el filósofo Samuel Pufendorf, quien señaló que no era ni un «reino normal» ni una república. Otras metáforas contemporáneas ofrecen un punto de partida más adecuado. Los filósofos naturales, como Descartes, comenzaban a explicar el mundo en términos mecánicos e interpretaban los organismos vivos y el movimiento de los planetas como estructuras complejas. En este contexto, el Imperio aparece como un lento y torpe gigante, manejado por un intrincado, complejo y, lo que es aún más sorprendente, un robusto engranaje interno de pesos y balanzas. Los reyes de Francia, Suecia y Dinamarca intentaron destrozarse esta máquina con sus espadas, mientras el sultán lo golpeaba con su maza para mellar el exterior y destruir algunas de sus piezas más delicadas, sin embargo, apenas lograron alterar su pesado avance.



# CAPÍTULO 3

## La casa de Austria

Para entonces, el catolicismo estaba sometido a una fuerte presión en las demás provincias. Nueve de cada diez nobles de Baja Austria abrazaron el luteranismo, y lo mismo hicieron el 85 % de los de Alta Austria, de los que tres cuartos de la población urbana y la mitad de los campesinos eran protestantes. Alrededor del 70 % de la población de Austria Interior abandonó Roma, y solo 5 de los 135 nobles de Estiria continuaron siendo católicos. Aunque la mayor parte de los campesinos de origen esloveno rechazaron el protestantismo, por considerarlo una religión alemana, dieciséis de las veintidós ciudades de la Corona en Estiria habían aceptado el luteranismo en 1572.<sup>8</sup> Cuando los nobles se convirtieron, comenzaron a intrigar en las Dietas para lograr el reconocimiento formal por los Habsburgo. Con la afiliación católica en retroceso, la dinastía no tuvo otra elección que llegar a un compromiso con los protestantes para asegurarse de que continuaran ayudándoles con sus crecientes deudas. La división tripartita de la dinastía en 1564 forzó a cada rama a negociar por separado con sus propias Dietas. Las de Baja y Alta Austria consiguieron la Garantía Religiosa

(Assecuration) en 1568 y 1571, respectivamente, lo que garantizaba a los señores, a los caballeros y sus arrendatarios la libertad de aceptar el luteranismo, a cambio de que los territorios pagaran deudas de los Habsburgo por valor de dos millones y medio de florines. Estos privilegios se ampliaron en 1574 para permitir a los nobles el culto en sus casas urbanas, que se convirtieron, *de facto*, en iglesias en las ciudades de la Corona, en especial en Viena. La Dieta de Austria Interior asumió en 1572 el reintegro de otro millón de florines en concepto de deudas a cambio de privilegios similares que fueron consolidados seis años después en la Pacificación de Bruck (Brucker Libell), en pago de los impuestos regulares para mantener las defensas fronterizas contra los turcos. La amortización de las deudas había costado a los habitantes de Austria Interior 1,7 millones de florines en 1600, mientras que los subsidios para la frontera supusieron otros 2,93 millones entre 1588 y 1608.<sup>9</sup> La población lo pagó gustosa y los nobles austriacos compraron así su propia versión de las libertades religiosas que los príncipes alemanes consiguieron en la Paz de Augsburgo.

# CAPÍTULO 5

## *La Pax Hispánica*

Estos problemas llevaron a muchos españoles a creer que «el barco se estaba hundiendo» (*se va todo al fondo*) y los historiadores posteriores se han hecho eco de esta sensación de decadencia. Los escritores de la década de 1590 creían que los estados seguían un ciclo natural de crecimiento, madurez y decadencia, y muchos temían que su país estuviera en la fase final. Sin embargo, mientras que todos estaban de acuerdo en que solo Dios podía revertir el proceso, discrepaban sobre el modo en que la intervención humana podía ralentizarlo. El Gobierno no estuvo, desde luego, escaso de ideas, y sus súbditos escribieron numerosas propuestas, en las que identificaron debilidades y sugirieron remedios.<sup>7</sup> A todos les preocupaba la reputación de la monarquía, que estaba muy bien identificada con el sistema de crédito, no obstante prestaron menos atención a problemas como la despoblación, la desindustrialización, la depresión agrícola y el estancamiento del comercio, en los que sí se han concentrado los historiadores posteriores. Mientras que la idea de «decadencia españo-

la» asume una pérdida de influencia política seguida automáticamente de crisis económica, los españoles de comienzos del siglo XVII no eran tan pesimistas. Reconocían que las bancarrotas periódicas habían llevado a acontecimientos como la tregua de 1609 con los neerlandeses, pero no tenían la sensación de enfrentarse a un colapso inminente. España aún era un país rico donde se vivía bien, al menos los afortunados que se encontraban en lo alto de la escala social: los ciento quince grandes recibían, en su conjunto, cinco millones de ducados al año, equivalentes a la mitad de los ingresos del Estado. España tenía todavía muchos soldados experimentados, marineros, administradores y diplomáticos con extensos contactos por toda Europa. Era equiparable en fuerza a su principal rival, Francia, sacudida por la crisis hasta mediados del siglo XVII. Por encima de todo, España había logrado suficiente impulso político y militar en 1621 como para que su gigante imperial siguiera avanzando dos décadas después de que se le hubiera acabado el combustible.



# CAPÍTULO 8

## Al borde del abismo

Estas acciones solo tenían sentido si se contemplaban desde la perspectiva, cada vez más febril, de la corte del Palatinado, de la que se había apoderado el milenarismo a medida que amanecía un nuevo siglo. Las creencias apocalípticas tenían una larga tradición en la cristiandad, pero el papado se había alejado de ellas en los decretos tridentinos, al igual que el luterano Libro de la Concordia. El establecimiento de los calvinistas en Ginebra también condenó la creencia en una edad de oro sobre la Tierra en 1566, pero las ideas milenaristas, sin embargo, ganaron terreno a lo largo de la década de 1580. Fueron expresadas por calvinistas comunes y corrientes, como Christoph Kotter, un curtidor de Sprottau que afirmaba tener visiones desde 1616. Tuvieron más influencia en los aristócratas del Palatinado, los escritos de Johann Heinrich Alsted y Johann Amos Comenius, conocido en español como Comenio, que estuvieron vinculados a la academia calvinista que Juan VI de Nassau-Dillemburg fundó en Herborn, en 1584. Alsted llegó a ser el profesor más destacado de la academia y Comenio llevó sus ideas a Bohemia después de estudiar con él. Ambos creían que sus lecturas de la Biblia identificaban a los Habsburgo con las fuerzas de la oscuridad descritas en el Libro de las Revelaciones o Apocalipsis de San Juan. Esto daba una alternativa a la ideología positiva de la traducción imperial, que afirmaba que el Imperio era continuación directa de la última fase cristiana de la antigua Roma. Alsted transformó al Imperio de la benevolente cuarta monarquía del Libro de Daniel a la indescriptible cuarta bestia de las Revelaciones. Estaba convencido de que su final estaba cerca, en una batalla de reyes (también profetizada en el Libro de Daniel) en la cual el rey del sur invade el santuario y obliga al pueblo a renunciar a su fe,

momento en el que interviene el rey del norte, al derrotar a su rival y liberar a su pueblo. El apoyo de intelectuales como Alsted y Comenio dio respetabilidad a las creencias apocalípticas al diluir los tenues límites entre la ciencia y lo oculto. El aumento de la frecuencia de las tormentas de hielo y otros fenómenos naturales provocados por el cambio climático durante este periodo, conocido como la Pequeña Edad de Hielo, espoleó la creencia de que el mundo se acercaba a su fin. Otras manifestaciones de esta creencia fueron los delirios sobre brujas y demonios. Es evidente que, para quienes creían en ello, el santuario era la Alemania protestante, mientras que los Habsburgo y España representaban al rey del sur. Alsted predijo que el rey del norte llegaría en 1625 (el año en que Dinamarca intervino en la guerra) y lideraría el reinado de los justos, que se extendería durante un millar de años, desde 1694 hasta el juicio final, en 2694. El uso del león, un animal asociado con el rey del norte, en los elementos heráldicos del Palatinado, Hesse-Kassel, Bohemia, Inglaterra y Suecia parecía corroborar que Alsted había descifrado el significado divino del texto sagrado.

El milenarismo alcanzó su cima con la llegada de un gran cometa en noviembre de 1618, a lo que siguió pocas semanas después la publicación de ciento veinte panfletos que profetizaban desastres, consecuencia habitual de los cometas. En un avistamiento previo, en 1577, el astrónomo danés Tycho Brahe predijo problemas para España y el Imperio, una apuesta segura teniendo en cuenta la revuelta holandesa.<sup>23</sup> Lo que hizo tan peligroso ese episodio fue su influencia sobre los líderes radicales protestantes, que comandaban los recursos para iniciar el Armagedón.

# CAPÍTULO 9

## La Revuelta de Bohemia

Una espesa niebla cubrió el dispositivo bávaro-imperial la mañana del domingo 8 de noviembre. Las unidades avanzadas aseguraron dos cruces sobre el arroyo y las siguió el resto del ejército que se desplegó a las ocho de la mañana. Los regimientos de la Liga se situaron en la izquierda, frente al extremo septentrional de la loma, mientras que los imperiales de Bucquoy se situaron en la derecha. En total, tenían dos mil hombres y dos cañones más que sus oponentes; además tenían una moral superior. Ambas mitades del ejército se desplegaron al estilo español, con los diecisiete mil soldados de infantería en diez grandes bloques, acompañados de pequeños escuadrones de caballería.

Los comandantes conferenciaron mientras sus hombres tomaban posiciones y oían misa. Bucquoy quería repetir la añagaza previa y sortear al enemigo para deslizarse hacia Praga, pero Maximiliano y Tilly estaban convencidos de que era el momento adecuado para un enfrentamiento decisivo. Según se dice, la discusión terminó con la irrupción de Domingo que blandía una imagen de la Virgen cuyos ojos habían sido apuñalados por los iconoclastas calvinistas. De ser cierto, fue un acto calculado, porque el carmelita había encontrado el icono en una casa en ruinas tres semanas antes. Las tropas católicas estaban exultantes al recibir la orden de atacar, hartos de perseguir a los confederados a través de Bohemia y saboreando la perspectiva de saquear Praga.

La artillería disparó durante algún tiempo, con escaso efecto. Unos quince minutos después del mediodía, los doce cañones hicieron fuego de forma simultánea, para dar la señal de avance. Las tropas imperiales tenían menos terreno que recorrer hasta la cresta que los bávaros los cuales, además, se enfrentaban a una pendiente mayor. Anhalt optó por una defensa activa y envió dos regimientos de caballería

ladera abajo para dispersar a la caballería imperial que cubría los flancos de la infantería italiana y valona que encabezaba el asalto. El regimiento de infantería de Thurn descendió para enfrentarse, mientras trataban de ascender con mucha dificultad, al enemigo. Al ver Thurn que su caballería huía, su regimiento efectuó una descarga general al límite del alcance de sus armas y después huyó. El hijo de Anhalt trató de reconducir la situación con su regimiento de caballería, situado en la segunda línea de los confederados, y sus jinetes utilizaron las pistolas para abrir fuego sobre los tercios imperiales. Durante un breve instante, pareció que los confederados aún podían arrebatarles la victoria, pero entró en liza más caballería imperial, y Bucquoy apareció en la línea de batalla, pese a su herida, y reagrupó a la infantería. El joven Anhalt fue capturado y, a la hora de iniciarse el combate principal, la caballería de la Confederación se hallaba en completa retirada además de que muchas unidades abandonaron la línea incluso antes de combatir con el enemigo. La infantería bohemia les siguió poco después, y también huyeron los húngaros, algunos incluso desmontaban para escapar a través de los viñedos que cubrían el camino a Praga. Pese a los informes que lo atribuyeron a la súbita aparición de Domingo a través del humo, el pánico se desató a causa de los informes que indicaban que los cosacos polacos de Bucquoy habían galopado hacia el sudoeste y rodeado la cresta de la colina para aparecer a la espalda de los confederados. Los moravos de Schlick en el flanco derecho aguantaron más, en parte por el tiempo que tardaron en llegar hasta ellos las tropas de Tilly, pero, al final, también huyeron, alrededor de la una y media de la tarde. Algunos supervivientes resistieron otra media hora en el Palacio de la Estrella, antes de rendirse.

# CAPÍTULO 10

## Fernando triunfante, 1621-1624

El vacío dejado lo ocuparon nuevos abanderados para quienes la causa del Palatinado ofrecía una honorable tapadera con la que obtener una amplia diversidad de ambiciones más personales. Estos paladines operaron desde bases seguras y su respeto a Federico estaba condicionado por cuánto apoyo inglés podría conseguir. Estaban dispuestos a asumir enormes riesgos, a veces solo para evitar un desastre inminente, pero también con la esperanza de que una imponente victoria aumentara su prestigio y atrajera apoyos políticos sólidos y un mayor respaldo financiero.

A la cabeza de estos paladines, estaba el conde Ernesto de Mansfeld, una de las figuras más controvertidas de la guerra. Sus objetivos siguen sin estar claros y sus acciones estuvieron llenas de dobleces. Para la mayoría, es el arquetipo de mercenario que representa a los soldados de su tiempo.<sup>19</sup> Mientras que la controversia sobre Wallenstein se centra en sus ambiciones políticas, a Mansfeld se le atribuyen motivos más bajos. Quizá la clave para comprender a este complejo hombre es su nacimiento ilegítimo como decimotercer hijo natural de Pedro Ernesto de Mansfeld, conde de un pequeño territorio en Alta Sajonia y capitán general de España. Sin perspectivas de heredar el condado que, en cualquier caso, su padre tenía que repartir entre sus muchos parientes, Mansfeld optó por la carrera militar como medio para alcanzar tanto legitimidad como recompensas. La carencia de posición social ocasionaba que se ofendiera muy rápido y se ganó pocas simpatías. Junto con la pura y llana mala suerte, esto frustró sus esperanzas de obtener rápidos ascensos, lo que lo dejó un sentimiento de agravio hacia los Habsburgo, aumentado por la negativa a reembolsar-

le sus gastos y porque le apartaron dos veces del mando, debido a sus errores. Rodolfo II lo legitimó tras la guerra turca, pero él ansiaba más reconocimientos, llegando, por ejemplo, a ser ennoblecido por el duque de Saboya, en 1613. Abandonó a la Unión durante la primera crisis de Jülich en 1610, pero solo después de ser capturado. Aunque toleraba el protestantismo, había sido educado como católico y no hay pruebas de que se convirtiera. Desde luego, disgustaba a quienes tenían una fe genuina y parece que su lealtad hacia sus nuevos empleadores se basaba en que le ofrecían mejores perspectivas de futuro, además de en su prolongada animosidad contra los Habsburgo.

La importancia posterior de Mansfeld proviene de sus habilidades como organizador, las cuales, a su vez, se asentaban sobre una red de experimentados oficiales de reclutamiento. Algunos de ellos habían servido con él en Saboya, entre 1613 y 1618, como Joachim Karpzow, que sirvió en el regimiento protestante suizo que Mansfeld reclutó para Bohemia en 1618. Karpzow, más tarde, adquirió mala reputación por haber decapitado a su mujer sin que lo llevaran a juicio por ello. Que Mansfeld se vinculara con ese tipo de personajes no mejoró su popularidad, pese a que publicó su *Apologie* (1621), en la que se presentaba como un guerrero caballeresco que defendía el honor de la Reina de Invierno. Poseía una considerable habilidad táctica y estratégica, combinada con la crueldad y la voluntad necesarias para arriesgar las vidas de sus hombres. Como resultado, a veces sus derrotas se agravaban con rápidas retiradas, durante las cuales sus fuerzas se desintegraban, lo que podía hacer que su contratación resultara cara.

# CAPÍTULO 11

## Olivares y Richelieu

Richelieu utilizó cuatro métodos para contrarrestar la amenaza española y variaba la intensidad de cada opción según las circunstancias.<sup>29</sup> Su política favorita fue la creación de una red de alianzas que posibilitara a Francia superar la hegemonía española y ejecutar el deseo general de pacificar Europa. Esto explica su implicación en largas negociaciones con los estados más poderosos para formar un gran frente anti-Habsburgo a partir de 1624. Conscientes de los obstáculos, Richelieu llevó a cabo negociaciones paralelas y por separado con las ligas alemanas e italianas. Las italianas adoptaron el lema «Liberar a Italia» de la dominación española y combinaron sus esfuerzos con los de Venecia, Saboya, Parma, el papado y otros estados en una alianza defensiva para aislar a las guarniciones españolas en Milán y Nápoles. Por otro lado, las negociaciones en el Imperio proclamaron la «libertad de Alemania» como medida para inutilizar los poderes del emperador. El plan preferido por Richelieu consistía en lograr un entendimiento con Baviera para convertir la Liga Católica en una facción neutral profrancesa que pudiera impedir a Fernando enviar tropas contra Holanda. Sin embargo, estaba dispuesto a negociar con príncipes protestantes como Juan Jorge de Sajonia, si estos estaban dispuestos a cooperar para conseguir este objetivo.

Las alianzas bilaterales con estados individuales constituyeron la segunda estrategia, la cual ocupó el lugar de la primera ante el fracaso al persuadir a otros de unirse a una alianza general. Dichas alianzas fueron vagas a propósito, para evitar comprometer las credenciales católicas de Francia o que se viera implicada en objetivos que tenían poco interés para ella. El método preferido de Richelieu era ofrecer subsidios y, menos a menudo, reclutas, para ayudar a un aliado sin apoyarlo de forma expresa. Esto caracterizó su apoyo a los holandeses y suecos hasta 1635, con la esperanza

de que mantuvieran ocupadas a ambas ramas de los Habsburgo.

La tercera opción era ofrecer protección a los territorios más débiles que podían ayudar a Francia mediante la concesión de derechos de paso a sus tropas.<sup>30</sup> Francia había convertido en protectorados los obispados y las ciudades a ellos asociadas de Metz, Toul y Verdún, en 1552, lo que le daba acceso a Lorena y amenazaba el Camino Español (*Vid.* Capítulo 5). El sistema se amplió alrededor de 1600, cuando Francia ofreció protección a Sedán y Ginebra, además de realizar aproximaciones a gobernantes menores de Alsacia e Italia para obtener acuerdos similares. La recuperación de Francia tras las Guerra de Religión hizo esta oferta atractiva. La incapacidad de Rodolfo II debilitó el valor de la protección imperial (*Reichsschutz*), sobre todo en los territorios vulnerables de la periferia del Imperio. La neutralidad suiza era muy estricta, ya que la Confederación se negaba a admitir nuevos asociados que se involucraran en las cuestiones de más allá de los Alpes. No obstante, la fuerza de Francia convertía la protección en un primer paso potencial para la anexión. Para llevarla a cabo de forma efectiva, Francia estableció una presencia militar que era al mismo tiempo gravosa para el protectorado y alarmante para sus vecinos. La protección se convirtió, entonces, en un último recurso, que utilizarían solo cuando estuviera claro que otros no respetarían la neutralidad.

La protección también podía causar problemas a Francia, lo que llevó a Richelieu hacia la cuarta y menos deseable estrategia, la acción militar. La fuerza armada tenía la intención de dar peso a la diplomacia, sobre todo si se usaba en conjunción con las alianzas. Las conquistas eran limitadas y estaban muy conectadas con la protección, entendidas como formas de obtener puertas a lo largo de la frontera francesa para bloquear invasiones extranjeras y permitir a Francia

intervenir en cualquier parte. Pero Richelieu no había inventado esa estrategia. La participación francesa en Italia desde 1600 había estado orientada a asegurar Susa, Pinerolo, Saluzzo y Casale para disponer de una ruta a través de los Alpes. Defensiva en el fondo, esta política era agresiva en la forma y tendía a arrastrar a Francia a conflictos más allá de sus fronteras. La des- de hacía mucho tiempo deseada anexión de Metz, Toul y Verdún aumentó las interferencias de Lorena en los asuntos internos franceses, hasta que se logró eliminar la influencia del duque en los tres obispados. A cambio, la intervención en Lorena dio acceso a Francia a los territorios alemanes vecinos y fue, como veremos en el Capítulo 3 del Volumen II, una de las principales causas de su guerra con España, en 1635.

Como la de Olivares, la estrategia de Richelieu estaba repleta de puntos débiles. Ambos hombres compartían la noción de Clausewitz de que la guerra era la continuación de la diplomacia por otros medios. Ninguno buscaba un gran conflicto. El uso de la fuerza tenía la intención de conseguir que el bando contrario fuera más receptivo. Por desgracia, ninguno poseía información precisa sobre la fuerza del otro o sobre sus intereses. Una vez comenzado, era difícil interrumpir el ciclo, ya que la presión de un bando provocaba una escalada por parte de su oponente en cualquier otro lugar. Los incidentes, tomados de forma individual, eran bastante pequeños, pero negociar sobre ellos fue cada vez más difícil a medida que se acumulaban las cuestiones en discordia y la desconfianza se adueñaba de las partes.

# CAPÍTULO 12

## La guerra danesa contra el emperador 1625-1629

El control de Wallenstein sobre la financiación del ejército también era menos firme de lo que en general se ha creído. Se le ha considerado el perfeccionador, si no el inventor, de un sistema militar basado en lo que se denominaban «contribuciones». John Lynn les puso el adecuado apodo «impuesto de violencia» y suponía una financiación descentralizada de la guerra, que desplazaba a las Dietas y dejaba la cuestión en manos de los oficiales que obligaban a las comunidades a mantener a sus unidades. El sistema ofrecía a un monarca al borde de la bancarrota la posibilidad de hacer la guerra a costa de sus enemigos. Sin embargo, no era la intención de Wallenstein librar la guerra según «ofensivas logísticas», como se le ha acusado a veces, ni reclutar de forma deliberada más hombres de los necesarios para arruinar los territorios de su oponente.<sup>20</sup> La prueba principal de esta afirmación proviene de la narración, casi contemporánea, del reinado de Fernando realizada por Khevenhüller, que afirma que Wallenstein recaudó más del doble de lo autorizado. De hecho, solo recibió permiso para recaudar contribuciones en territorios enemigos que no hubieran sido capturados antes de 1625. La financiación militar, en realidad, requería métodos variados y las contribuciones solo fueron uno de esos métodos.

El verdadero elemento clave era el crédito, no la extorsión, y esto aumentó la importancia de la relación personal de Wallenstein con el emperador: Como Spínola, Wallenstein podía reclutar un ejército entero porque era un hombre rico. Los oficiales se ofrecían voluntarios para reclutar nuevas unidades porque sabían que Wallenstein no solo podía adelantar el capital inicial, sino que, gracias a la confianza del emperador, tenía garantizado el reembolso de sus gastos. Wallenstein, que actuaba según las órdenes del emperador, encargó a las ciudades el acomodo de los soldados mientras sus unidades se agrupaban. Autorizó a los corone-

les para solicitar comida y salario para instalar a todas sus tropas desde el primer día, aunque es posible que tardaran semanas en reunir a todos los reclutas. Además, aumentó el salario de sus coroneles a quinientos florines a la semana, aunque se redujeron a trescientos en 1629, en contraste con sus colegas de la Liga, que ganaban cuatrocientos dos florines al mes. La paga de los soldados no tenía nada de extraordinaria, 7,5 florines al mes para un infante, a lo que había que añadir pan por valor de otros 2,5 florines.<sup>21</sup> Mientras que otros gobernantes todavía trataban de pagar el coste que suponían sus oficiales, Wallenstein liberó a Fernando de esta obligación al permitir a sus coroneles recuperar los gastos de equipo, ropas y alimentos de sus hombres a costa de la población local.

Wallenstein también relevó a la endeudada tesorería imperial de la obligación de pagar a los soldados una vez estos marchaban al frente. Tanto la Liga como el Ejército imperial habían sufrido para conseguir pagar a sus hombres todos los meses después de 1618 y recurrieron a métodos ya empleados durante la guerra turca, como reducir las tasas de pago o convencer a los hombres para que aceptaran en su lugar raciones o uniformes. Los pagos atrasados llegaron a ser uno de los principales elementos de la guerra y en parte dictaron su curso en la década de 1640. Los gobiernos podían dar por perdido su dinero si los hombres morían durante las campañas, pero las cantidades debidas al resto excedían cualquier esperanza realista de solución. Esto hacía imposible desmovilizar los ejércitos, porque los regimientos se negaban a ello en tanto en cuanto no recibieran su paga. La práctica habitual era librarse de la responsabilidad mediante créditos garantizados por las Dietas, que recibían concesiones a cambio de amortizar estas deudas adicionales. Fernando ya había obligado a la Dieta de Bohemia a asumir 8,2 millones de florines de deuda en 1623.

### Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - [comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



DOSIER DE PRENSA

